

Angel Gustavo, Infante.
Yo soy la rumba.
Caracas; Grijalbo: 141 p. 1992.

Roger Vilain

Pese a no constituir una red cultural homogénea, el Caribe hispánico posee, no obstante, particularidades que le son propias y que conforman un conglomerado más o menos característico, lo cual forma parte esencial de su identidad y de su "ser": una lengua común, una cantidad enorme de problemas sociales compartidos, y algo que probablemente se ubica por encima de esto: su música popular.

La música popular se ha erigido como bastión primordial, como testigo fundamental de la historia y del devenir actual en el Caribe (región a la que, evidentemente, pertenece nuestro país) entre otras razones porque es un discurso íntimamente relacionado con la cotidianidad de una realidad que nos pertenece y con las condiciones de vida típicas en esta geografía particular.

En estrecho vínculo con todo esto, puede observarse entonces el surgimiento de una forma de narrar donde el discurso musical popular sirve de hipotexto al discurso literario emergente. Esto implica que la literatura, en forma inversa a lo que normalmente se llevaba a cabo hasta hace poco, se aprovecha de la tradición musical, de su herencia, de sus denuncias y propuestas, de su razón de ser "popular", de su modo de pintar el mundo que le acoge y para el cual ha existido y existe.

La "narrativa del bolero" (que es como se ha denominado esta manera de hacer literatura en el Caribe hispánico) mani-

fiesta toda la carga de frenesí festivo, de sabor, de ritmo, de bonche, de despecho, de discurso amoroso y sentimentaloides, pero a su vez engendra toda una estructura de señalamiento y denuncia de la realidad pasada y presente. La fiesta, el culto al héroe, lo sentimental, la nostalgia, el desamor (lo cual no es otra cosa que despecho) se hace presente en *Yo soy la rumba* e irrumpe en la conformación de una novela perfectamente circunscrita al ámbito de lo que ya hemos señalado.

De esta forma, con una historia rica y llena de pasajes dignos de la modernidad y postmodernidad literarias, donde el desencanto ante una sociedad desvalorizada, la falta de fe en el progreso como promesa de un existir mucho más digno y, en fin, con el desmembramiento de la posibilidad de felicidad para el Hombre (aunque, paradójicamente, esté asimismo planteada la idea utópica de un futuro mejor en función de lo que para ello hagamos en el presente), observamos en *Yo soy la rumba* de los años sesenta-setenta y deja entrever la evolución de un mundo y la interpretación de la "cultura" venezolana a partir del discurso musical caribeño. El "ojo mágico" de Sebastián posibilita la intromisión en el universo de lo demás, de lo otro, y le permite así indagar en la conformación de lo que es buena parte de la cultura caribeña en Venezuela, recreando, en relación con la música (salsa y boleros), un discurso narrativo sustentado y avalado por ella.

Por último, en esta novela, la realidad tajante, injusta y verdadera de nuestro país permanece intacta, con el hecho importante de que ha sido puesta en evidencia a partir de lo que se esgrimen como sugerencias que posiblemente converjan en una revisión de lo que hemos hecho y de lo que ahora hacemos; en función de lo que hemos sido y de los que somos.